

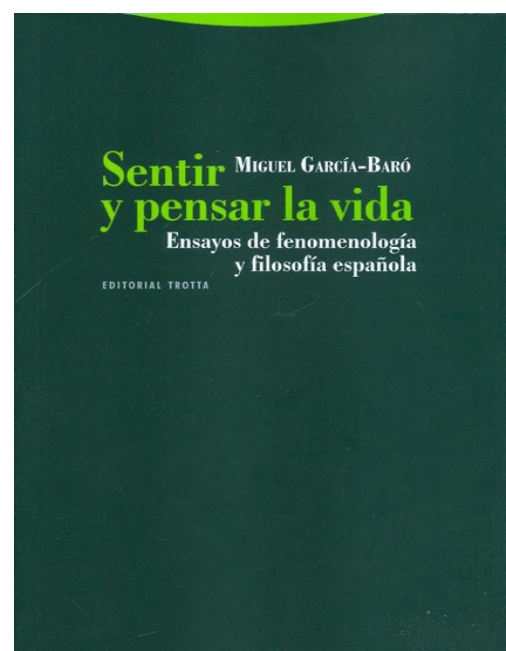
El último libro del profesor Miguel García-Baró es un libro valiente. Y lo es por varios motivos. El primero, por su atrevimiento a ir más lejos de donde llegaron sus propios maestros. El primero de entre estos, su propio padre, que mutiló en sí mismo las inquietudes intelectuales que le habían llevado a ser un lector cuidadoso e inteligente, tras la nefasta experiencia de la guerra. La ominosa convicción de que los españoles que se dedican al pensamiento terminan “siendo fusilados o fusilando” fue la causa que llevó al padre de nuestro autor al abandono de la actividad intelectual. Abandono que dejó en manos del joven Miguel una conversación incipiente, ya para siempre inconclusa, en forma de subrayados y anotaciones en el ejemplar paterno de *El Espectador*, de José Ortega y Gasset.

“La guerra”, que provocara tan profunda y triste huella, marca todo el libro ya desde la dedicatoria y se eleva como clave de lectura que abre la posibilidad de poder entender el texto en su conjunto, al menos parcialmente, como un personal ajuste de cuentas de García-Baró con su propia historia y con la historia de España (lamentablemente, sospecho que esta clave no es todo lo generalizable que sería de desear: ¿podríamos estar seguros de que cualquier joven español, de en torno a 15 años, comprendería a la primera a qué hace mención el autor cuando se refiere a “la guerra”?). El tono general del libro, y su propio título, aparecen entonces, a la luz de esta clave, como la conjuración del terrible presagio paterno (p. 24) y la apuesta firme por otra forma de poder ser españoles.

Y si se ha podido afirmar una alternativa radical frente a la vida del propio padre, ¿qué esperanza de salir indemnes podría quedarles al resto de maestros? García-Baró despliega, página a página, un tono crítico, severísimo a veces, que atraviesa toda la obra y que toca a todos los autores a los que se hace referencia de forma significativa: Ortega, Unamuno y Zubiri. Nuestro autor se atreve a ser discípulo con coherencia, renunciando a ese seguidismo de escuela, ramplón, zafio y cegato, que encumbra a una estratosfera inaccesible al maestro idolatrado y sus ideas, o mejor dicho, a las cristalizaciones de sus ideas que han

Revista de Libros  
de la Torre del Virrey  
Número 3  
2014/1  
ISSN 2255-2022

MIGUEL GARCÍA-BARÓ,  
*Sentir y pensar la vida.*  
*Ensayos de fenomenología y*  
*filosofía española*, Trotta,  
Madrid, 2013, 221 pp.  
ISBN 978-84-9879-248-5



**Palabras clave:**  
filosofía española  
Ortega y Gasset  
Unamuno  
Zubiri  
cristianismo



ido recogiendo, más o menos pobremente, sus escritos. Precisamente esa coherencia hace su libro mucho más interesante y creíble para todos aquellos que intentamos aprender a pensar, pues en filosofía no se hace digna alabanza del maestro sino al filosofar, como él mismo, desde un punto de vista propio, construido con los mimbres recibidos, pero huyendo de la esterilidad de una mera reproducción hagiográfica.

Es la propia elección de estos maestros y la atención que les presta, ya bien entrado en la madurez (en ese tiempo en que alguien puede dedicarse a hacer lo que le viene en gana), la segunda valentía que advierto y admiro en García-Baró. Pudiendo publicar mil cosas más sobre todos esos autores de nombres exóticos que han poblado la filosofía europea (desde Husserl y Heidegger a Lévinas o Henry), y a los que todos miramos con afán de erudición y brillo, en esta ocasión ha decidido apostar por filósofos españoles. Lo que supone una reivindicación de la propia historia, de la comunidad de pensadores en que ha crecido, y no menos de la lengua española como vehículo filosófico, afirmando la existencia y la valía de una filosofía española que tantos otros se empeñan en denostar y con la que, en su opinión, “se debe practicar una salvación” (p. 19).

Como diría en uno de los cursos de la Fundación March, allá por 1975, aquel insigne orteguiano que fue Julián Marías, “el español es una lengua no tan mala filosóficamente, lo que pasa es que los españoles hemos hecho muy poca filosofía, y la mayor parte de esa poca en latín”. Miguel García-Baró nos regala con este libro, tremendamente rico y denso en su brevedad, una ocasión de comprobar por nosotros mismos la verdad de las primeras palabras de Julián Marías, así como de ir paliando esa cortedad de nuestro reservorio filosófico que indican las segundas. Puestos a ello, el objetivo de este *Sentir y pensar la vida*, no parece solo producir más material filosófico en castellano sino, al lanzar una mirada sobre el pensar español del siglo XX desde los albores del siglo XXI, ser capaces de ir recuperando y poniendo en valor todo cuanto de positivo y de enriquecedor ha ido dándose en la filosofía de nuestro país.

*«García-Baró despliega, página a página, un tono crítico, severísimo a veces, que atraviesa toda la obra y que toca a todos los autores a los que se hace referencia de forma significativa: Ortega, Unamuno y Zubiri»*

Es manifiesto que son extraordinariamente escasas las referencias filosóficas que puede citar la generación que ahora tiene entre 30 y 40 años, a la que pertenezco. Para muchos de sus integrantes probablemente sólo la figura de Ortega esté presente con cierta claridad en su catálogo de filósofos eminentes, y esto, debido a su inclusión en los temarios de la antigua Filosofía de BUP y COU, así como en los exámenes de Selectividad. Ni Unamuno (salvo en su condición de literato y ciñéndonos sólo a *San Manuel Bueno, mártir*), ni mucho menos Zubiri, son parte del acervo popular (¿qué decir ya de Gaos, García Morente, Trías, Bueno, Aranguren, etc.?). De ahí la importancia de insistir en la potencia que tienen las tres figuras seleccionadas por García-Baró (cada una de ellas con sus genialidades y particularidades), como modelos filosóficos posibles para un tiempo sin claridad en el horizonte.

Si nos fijamos en la primera de ellas, digamos que al escribir sobre Ortega, se deleita nuestro autor en la presentación de sus reflejos poliédricos en la vida española de la primera mitad del siglo XX. Político, periodista, filósofo, y dentro de esta última categoría, hermeneuta, crítico de la cultura, fenomenólogo, etc., su baile disciplinar y lo variado de su obra nos llevan a preguntarnos: ¿quién es verdaderamente Ortega y cuál es la herencia aprovechable que nos deja a los habitantes del hoy? García-Baró nos irá presentando, a pinceladas, rasgos esenciales de cada una de estas facetas, eso sí, introduciendo sus matices críticos. Como el “ay por el periodismo” de Ortega, que quedará, sin duda alguna, muy claro al lector, quién sentirá la pena que García-Baró expresa por los desvíos e incoherencias a los que la escritura diaria sometió a un pensamiento que, de otro modo, podría haber sido más compacto. O como la clara reticencia de nuestro autor ante la vinculación de Ortega respecto a Heidegger (p. 144).

No obstante, de entre todas las facetas orteguianas que presenta García-Baró, y a pesar de mi falta imperdonable de lectura directa de su obra, confieso que la figura de Ortega es inquietante para mí sobre todo por la fuerza de su presencia política. A pesar de la talla enorme de Unamuno, de su discurso profundo y lacerante, que me cautiva y me mueve a un examen interior cada vez más exhaustivo

*«Para nuestro país pacato y taciturno, en el que se han burocratizado y departamentalizado tanto la vida y la política que parece imposible que un sabio se dedique a la política y que un político llegue a ser sabio, el referente de Ortega como el hombre que estudia, escribe, habla, publica, viaja, arenga, funda, enseña, etc., es como abrir una ventana en una habitación cerrada»*

y radical, Ortega descuella en la comparativa (al menos hoy) en tanto que hombre que se hace cargo de la responsabilidad política de su tiempo. Para nuestro país pacato y taciturno, en el que se han burocratizado y departamentalizado tanto la vida y la política que parece imposible que un sabio se dedique a la política y que un político llegue a ser sabio, el referente de Ortega como el hombre que estudia, escribe, habla, publica, viaja, arenga, funda, enseña, etc., es como abrir una ventana en una habitación cerrada. Anhelando su energía y su sacrificio por lo común, pienso que como en las primeras décadas del siglo XX, en la España actual quizás también sea verdad que “el verdadero hombre fuerte se torna en el educador” (p. 30).

Pero, como he señalado, lo que en política gana Ortega frente a Miguel de Unamuno, lo pierde, al menos para mí, en lo que hace a la filosofía. Al mirarlo con los ojos de García-Baró, que lo admiran profundamente, una vez más me resulta mucho más cercano intelectualmente el Unamuno lector de Kierkegaard que el Ortega heideggeriano. Quizás sea por su capacidad para poner en duda, una y otra vez, las capacidades de la razón, pues “la ciencia se asienta y vive sobre la ignorancia viva” (p. 63), abriendo así espacio a otras dimensiones de nuestra vida y poniendo entre paréntesis “la enfermedad del conocimiento reflexivo” (p. 93). Quizás porque acepta, a pesar de las dificultades, y en contra de la opinión de alguno de mis maestros, que la pedagogía del dolor no por difícil es menos real (p. 84). Quizás porque veo en él la imprescindible conexión simbiótica de lo vivido con lo pensado. Sea cual sea el motivo, la duda y la congoja, pero también la esperanza y la fe unamunianas me consuelan y me reconcilian con eso que podemos llamar filosofía, al vincularla con estrechos lazos al ejercicio consciente de vivir. “¿Y podrá el filósofo construir la filosofía antes de haber vivido toda la vida y, sobre todo, haber pasado la muerte?” (p. 91).

*«Una vez más me resulta mucho más cercano intelectualmente el Unamuno lector de Kierkegaard que el Ortega heideggeriano»*

Sea por estos u otros motivos, la predilección de García-Baró por Unamuno (“nuestro auténtico primer pensador”, p. 220), no queda oculta en *Sentir y pensar la vida*, aunque tampoco por ello queda indemne frente al reproche de nuestro autor.

A la compañía de estos dos titanes de la filosofía española del s. XX, se añade un tercer protagonista: Xavier Zubiri. A pesar de ser el menor en fama de entre las tres figuras citadas, Zubiri fue, en mi caso, el primer filósofo español del que tuve conciencia por mí mismo. Atraído a sus libros por las referencias constantes que de ellos hiciera Aranguren en su *Ética*, pronto me sentí desbordado por una sensación de incompreensión radical que ahora se atenúa. Y es que estoy seguro de que no he de ser el único al que le tranquilice la afirmación de García-Baró respecto a la extrema complejidad del discurso zubiriano (pp. 178s).

Oscuro hasta la confusión, el lenguaje fenomenológico de Zubiri ha producido siempre en mí la sensación de no ser más que un palurdo. Sin embargo, y sin negar completamente la hipótesis previa, no dejo de reconocer en él la magnificencia de su intención y de su esfuerzo, que es el de la elaboración de un sistema filosófico completo. En Zubiri, mucho más que en Ortega y Unamuno (y en esto estoy totalmente de acuerdo con García-Baró), se vislumbra el deseo de dar una explicación coherente, sistemática, de los principales elementos que configuran la realidad. El que fuera alumno aventajado de los marianistas, después sacerdote católico, y finalmente (secularizado y casado con una hija de Américo Castro), profesor de cursos más o menos privados en la Fundación March, es visto por nuestro autor como el “filósofo estricto” (p. 158). Por su empeño en la elaboración sistemática de una obra fenomenológica exhaustiva, pareciera que para él fuera imprescindible el cercado conceptual de las cuestiones filosóficas esenciales; que no fuera capaz de dejar cabos sueltos, o vagas aproximaciones poéticas a los temas más complejos. Que para él, como expresa García-Baró al acercarse al nudo de su libro, “algo tiene de veras sentido cuando todo lo tiene” (p. 78).

Valiente en su contenido, valiente por la historia personal que pone en juego, *Sentir y pensar la vida*, también demuestra un valor especial en cuanto a la metodología filosófica que propone. Y esta no puede ser más sencilla: aprender de nuevo a leer. En esta obra García-Baró pone en cuestión el modo en que, cotidianamente, damos por

*«En Zubiri se vislumbra el deseo de dar una explicación coherente, sistemática, de los principales elementos que configuran la realidad»*

sentada nuestra capacidad para comprender. Actualizando la pregunta de Felipe al etíope (Hch 8, 30), todo el libro es una intensa llamada de atención sobre la necesidad de aprender a leer, otra vez, poniendo en marcha un tipo determinado de lectura. Una lectura adecuada de García-Baró trataría de no leer de cualquier manera el texto que nos ofrece, como él mismo no lee de cualquier modo a Ortega, Unamuno y Zubiri, sino a desarrollar una lectura que permita leer “unitaria y evolutivamente” (p. 24; 47) su obra, así como la de cualquiera de los autores citados.

Entre nosotros esta voluntad de aprender a leer va desarrollándose en la escuela de filosofía de La Torre del Virrey, cuya evolución puede verse como parte de la conversación abierta por Leo Strauss sobre el arte de escribir (y, por tanto, de leer). Muy seriamente también Pierre Hadot, en esa maravilla antigua que es *La ciudadela interior* (Alpha Decay, 2013), insiste en ello, poniéndonos en guardia contra una engañosa lectura inmediata de autores ante los que el tiempo ha ido tejiendo un abismo, como es el caso de Marco Aurelio y sus *Meditaciones*.

Orteguiano con Ortega, turbador y profundo con Unamuno, quizás también algo oscuro en su discurso fenomenológico sobre Zubiri, el libro de García-Baró es también, y esta es su última y quizás más importante valentía, un libro cristiano. Pero no de un modo fácil. Más allá de que el autor confiese que ha llegado a “una posición cristiana complicada”, las referencias al cristianismo inundan la obra, dándole un tono muy interesante por lo que supone de confrontación intrafilosófica entre quienes consideran verosímil el discurso cristiano y aquellos que no le dan credibilidad.

En este sentido, yo diría que su principal aportación es el intento de actualizar palabras muy ligadas al imaginario cristiano, como “salvación” (p. 13), “resurrección” o “redención”, que están muy presentes en el libro, pero tremendamente abandonadas en la calle (¿qué mejor descripción de la concepción de Unamuno sobre la resurrección puede darse de la que aparece en la p. 97?). No obstante, esta actualización terminológica no es, en absoluto, un mero ejercicio teórico. El uso del lenguaje es una actividad primariamente política y, por tanto, cada palabra escrita o

*«Todo el libro es una intensa llamada de atención sobre la necesidad de aprender a leer, otra vez»*

dicha en alta voz, nos compromete en la relación que tenemos con los demás. Esta performatividad extrema del concepto llevado al lenguaje, ya puesta en valor por los estoicos (ver la obra de P. Hadot citada anteriormente), la ha expresado con total claridad Abi Morgan en el guión de *La dama de hierro* (Phyllida Lloyd, 2011), cuando hace decir a Meryl Streep (Margaret Thatcher): “Vigila tus pensamientos, se convertirán en palabras. Vigila tus palabras, se convertirán en actos. Vigila tus actos se convertirán en hábitos. Vigila tus hábitos, se convertirán en tu carácter. Y vigila tu carácter, se convertirá en tu destino”.

Al pronunciar con fuerza palabras fundamentales e incomprendidas, tanto el cristianismo de García-Baró como los diferentes cristianismos de los filósofos a los que trata (diferentes entre los tres y diferentes en cada uno de ellos a lo largo del tiempo), supone un aldabonazo para todos aquellos que, de algún modo, nos inhibimos de lo político. Cuanto cristiano en esta España de primeros de siglo rechaza la asunción de una apuesta fuerte y arriesgada por la vida pública, quizás escudado en la asumida brevedad de la vida y en la confianza en la capacidad de la Providencia para suscitar otros hombres, menos conscientes quizás, pero más atrevidos, que se remanguen para bajar a la arena política; que puedan mancharse las manos y jugarse la salvación por el bien del país.

¡Qué fuerza tiene aquí las nociones cristianas del tiempo y de la salvación! Centrados en nosotros mismos hasta la náusea, quedamos impedidos por nuestro propio futuro ideal para centrarnos en la cosa misma y abrazarla apasionadamente, vendiéndolo todo por ella. No, pasión política no. Reflexión, meditación y planificación personal si tenemos. Y son éstas un loable esfuerzo de eficacia, pero no dejan de ser una gris tintura para una vida joven. Quizás ahora más que entonces, como dijera Ortega, “sigue el español *necesitando*, antes que nada, ser político” (p. 55).<sup>1</sup>

*Juan Diego González Sanz*

1. Algunas de las afirmaciones textuales de Miguel García-Baró que se han citado provienen de los dos programas de *Revista de Filosofía*, emitidos por Canal UNED, <http://www.canaluned.com/mmobj/index/id/13745>, en los que nuestro autor es entrevistado por Antonio García Santesmases en torno a la publicación de *Sentir y pensar la vida*. La conferencia de Julián Marías a que se ha hecho referencia está disponible en <http://www.march.es/conferencias/anteriores/voz.aspx?p1=2222&l=1>.